

Pero una mala estrella inutilizó los designios de doña Carlota Joaquina, al procurar reconstituir el concepto perdido de la «amistad peninsular» por medio de un estrechamiento de los lazos de familia. Sucedió, como primera desgracia, la prematura muerte de la Reina doña María Isabel de Braganza. Siguió el destierro de doña María Francisca y de la Princesa de Beira. Un nuevo factor intervino, entonces, en la desorganización de la Península, enmascarado con el pretexto sangriento de una cuestión dinástica. Para que en todo nuestra afinidad se revelase bien, ahí la encontramos una vez más, en la guerra que se encendió, tanto en Portugal como en España, entre «Miguelistas» y «Liberales», entre «Carlistas» y «Cristinos». El paralelismo ya señalado como regla general de las relaciones peninsulares, he aquí que se manifiesta también en la absoluta identidad de que se reviste en la Península el duelo tremendo de la Revolución con la Tradición. El período que sigue a la muerte de Fernando VII y a la expulsión, en Portugal, del Rey don Miguel I, es un período de desorden convulso, cuyas consecuencias, hoy más que nunca, se están padeciendo. Las relaciones de España y Portugal serán, de aquí en adelante, dictadas o por un *Iberismo* de marca masónica, como ya lo presenciamos, u obedecerán, insensatamente, al recíproco y sistemático apartamiento en que las dos patrias peninsulares vayan cavando, día tras día, su ruina recíproca.

## ERRATA NECESARIA

Sólo a sus antecedentes radicales, en una época de permanente perturbación mental, se puede atribuir el concepto que siempre subsistiría en Cánovas del Castillo acerca del futuro de la Península. Pesimista, o al menos escéptico, frente al porvenir, escribió Cánovas, lleno de visible amargura, en su *Historia de la decadencia de España*: «Con la España austriaca pereció la verdadera, la antigua, la grande España de los Reyes Católicos, no quedando más que el odio, que, a causa de lo pasado, nos han profesado hasta ahora unánimemente los extranjeros... España puede ser todavía una gran nación continental uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermano; comprando o conquistando a Gibraltar tarde o temprano y extendiéndose por la vecina costa de Africa. Pero también puede quedar reducida a nulidad vergonzosa, ejecutándose, en todo o en parte, el funesto pensamiento, que era traer al Ebro la frontera francesa, y dando a Portugal la Galicia, repartir la Península entre dos Coronas casi iguales en poderío». Tanto en las palabras de Cánovas como en el hecho ya mencionado de la venida a Madrid de Mr. De Kératry, es conveniente que los portugueses aprendan lo que en verdad se puede agradecer a

Francia. ¡Inútil era la ilusión de la promesa de la incorporación de Galicia! Este era un motivo más de división en la Península, entonces con Francia en el Ebro, dominándonos enteramente a los peninsulares. Seríamos así una zona de su influencia, aunque, claro está, la hipótesis es cada vez más improbable. Pero, recordándola, no está fuera de propósito este comentario, porque sufrimos precisamente en Portugal las consecuencias de nuestra intervención en la guerra a favor de una causa a la que por todas razones nos debimos mantener ajenos. Si a lo largo de nuestra historia hay nacionalidades en conflicto permanente con lo que representa la más bella esencia del genio portugués, es Francia, irrecusablemente, una de ellas. En las costas del Brasil o en los encuentros de alta mar con Villegagnon o con João Anjo, son franceses los que abordan, como piratas, nuestras conquistas y nuestros cargamentos, sin haber contribuido en nada al poema eterno de los descubrimientos. Cuando al lado de España, en el siglo XVI, salvamos la hegemonía europea, amenazada de muerte por el turco—España, deteniendo su avance a través de la Europa Central, y nosotros hiriéndole por la espalda con nuestra acción militar en la India—, no duda Francia en aliarse al enemigo secular de la civilización cristiana, a punto de que Camoens, que no puede contener su justa indignación, clama en acentos de bronce en las imperecederas estrofas de los *Lusiadas*:

«Pois de ti, Gallo indigno, o que direi?  
Que o nome Christianismo quizeste,  
Nao para defendelo, nem guardalo  
Mas para ser contra elle, e derribalo?»

Cierto es que Richelieu nos auxilia en 1640. Pero con su muerte, quien siga en el ascenso de Mazarino al poder los dilatados enredos diplomáticos en que ese auxilio se retrajo, hasta quedar reducido apenas a meras palabras, no podrá alardear de grandes sentimientos de gratitud para con Francia. Hay un libro que se debe hojear, porque representa una guía segura para que nosotros afirmemos definitivamente nuestro juicio sobre hechos insofismables. Se llama *Estudo histórico das relações diplomáticas e políticas entre França e Portugal desde a constituição da monarchia portuguesa até a queda de Napoleón Bonaparte* (1), y es su autor B. L. de Moraes Leite Velho, que fué abogado en Río de Janeiro. Supongo que nada más es necesario para que, suficientemente informados, nuestra opinión a tal respecto sea unánime.

No es que con esto desee cultivar *chauvinismos* irritantes. Entiendo, sin embargo, que es necesario corregir las preferencias internacionales, que, a pesar de las lecciones del presente y del pasado, continúan dominando la inteligencia y la sensibilidad de mucha gente que presume de culta. Apenas han pasado cien años de los latrocinios y las matanzas de las tres invasiones napoleónicas. Nuestros monumentos fueron mutilados, saqueadas nuestras iglesias, fusiladas en masa poblaciones enteras. Nada existe en nuestras luchas con España que se pueda comparar a la página negra que refiero. Estuvo entonces en mayor peligro nuestra independencia que lo estuvo en el reinado de los Felipes. Sin embargo, nadie

(1) Lisboa, 1895.

recuerda hoy o celebra el heroísmo de los guerrilleros del principio del pasado siglo, gastándose toda la saliva de la abundante oratoria nacional en repetir anualmente—en el primero de Diciembre—los viejos lugares comunes de su indignación arcaica y teatral contra España, nuestra hermana en los destinos superiores de la Península y colaboradora en la obra inmortal de civilización, que supimos legar al mundo.

Creo que en este singular olvido de lo que valió en esfuerzo y resistencia admirables la parte que nuestra raza tomó en la guerra peninsular hay algo de conspiración masónica, de fines muy bien delineados y conducidos, en el evidente sentido de amortecer las justas iras del espíritu patriótico para con Francia, de donde nos viniera con semejante azote el peso del romanticismo revolucionario. Exactamente, por ser Francia la patria de las ideas desorganizadoras que nos asaltaron pérfidamente desde las mochilas de los soldados de Napoleón, y porque en Portugal el liberalismo de los guías del pensamiento colectivo, por oscurecer el surco de ruina y mortandad dejado por los franceses entre nosotros, se empeñó, con extraña pertinacia, en presentarnos a Francia como un país modelo, que irradia por todo el universo un haz de redentora luz.

Ahora bien; nosotros en Portugal necesitamos restituir a todo su significado preciso. Puesto que nuestras preferencias por Francia se convierten en un elemento disolvente para la restauración de la unidad moral de la Península, hemos de dominarlas y combatir las sin tregua. Ya vimos cómo Francia, aliada con el turco, arrancó a Camoens un apóstrofe

candente. Ya vimos también cómo, sin participar en los peligros que sufrimos en el descubrimiento del mar, se nos atravesó después en el camino pirateándonos atrevidamente. Pero la más repugnante de todas sus piraterías fué la mentira erudita con que más tarde pretendió adornarse para los favores de la prosperidad, procurando anticiparse a nuestro avance por las costas de Africa con la conocida fábula de los marineros de Dieppe, que el vizconde de Santarem pulverizó notabilísimamente. Viene seguidamente la restauración de nuestra soberanía política en el siglo XVII. En sus maquinaciones contra la hegemonía europea de la Casa de Austria, Richelieu anima de lejos a los conjurados que llevan al Trono al duque de Braganza. Prácticamente, sin embargo, en bien poco se concretaron sus promesas, porque lo que importaba a Richelieu no era nuestra emancipación, sino lo que nosotros podríamos incomodar a España cuando ésta estuviese en guerra con Francia.

Murió Richelieu en Diciembre de 1642, y si no quedamos abandonados a nuestra suerte en la paz de Westfalia, fué porque Francia no se desembarazó de España tanto como hubiese querido. El rosario de traiciones y de engaños continúa, por ello, arrastrándose disfrazadamente. Sobreviene un *intermezzo* lírico con la Embajada del Caballero de Jant. Pero malograda su misión cerca de la Corte de Lisboa, para honra y gloria de nuestro calumniado don João IV, Mazarino se decide sin demora por la reconciliación con España. Las conversaciones preliminares se desenvuelven con lentitud excesiva. Entretanto, Turenne gana la batalla de las Dunas y nosotros derrotamos a don Luis de Haro en las líneas de Elvas. El

Gobierno de la Regencia (ya había fallecido don João VI) publica un enérgico manifiesto, en el cual decía bien claramente «que de las Ligas hechas con Francia ninguna ventaja había obtenido, lo que debía servir de lección, ya que durante diez y seis años había vivido en el desamparo y en el descuido de procurarse auxilios de otra parte, debiendo recordar a Francia que si Portugal y España reuniesen contra ella los ejércitos que tenían en la guerra, con que se hostilizaban recíprocamente, no era difícil prever los resultados» (1). Pero nada consigue evitar que la paz conocida por «paz de los Pirineos» se firme en 7 de Noviembre de 1659.

Es indudable que Turenne nos demostró siempre buenas disposiciones, y gracias a su personal intervención se obtuvo la venida de Schomberg con algunos cientos de aventureros y de mercenarios. Con todo, la mitad de la campaña estaba ganada, y para las victorias siguientes no sería indiferente el apoyo que negociamos con Inglaterra, con Carlos II, ya restaurado. En las apretadas circunstancias en que nos íbamos a encontrar, con el peso de España echado contra nosotros, no hubo otro remedio sino ceder Tángen y Bombay, ante el temor de un naufragio todavía mayor.

Observa Leite Velho en su mismo trabajo: «Extrañas vicisitudes de la historia—dice H. Martín—, Mazarino, Luis XIV y Turenne, aliando a Inglaterra con Portugal, llamándola al Estrecho de Gibraltar. Vió corto el gran historiador, porque no vió Bombay y no quiso ver el que a la traición de Francia se

deba el comienzo de la grandeza marítima y de la influencia política de Inglaterra...» (1). Efectivamente, desde esa fecha, la integridad territorial de la Península comenzó a sufrir la acción nefasta de factores que no tardarían en contribuir a su rápida decadencia. La *unidad hispánica* sufría un golpe mortal, y, como consecuencia lógica, Francia está hoy instalada en la mejor porción de Marruecos, al paso que Inglaterra guarda las llaves del Mediterráneo occidental.

Mucho más nos extenderíamos en estas consideraciones si ya no estuviera suficientemente demostrado lo insensato de la tendencia a inclinarnos más hacia Francia que hacia España.

Enfermamos de un francesismo abominable. De ello deriva la avariosis de nuestras idas, la epilepsia macabra en que hoy se debate Portugal. ¿Y cómo nos paga Francia? Ofreciendo, por ejemplo, a España, por el intermedio de M. Kératry, la posibilidad de la unificación ibérica, evidentemente por los medios violentos, aunque insubsistentes, de la conquista.

Rechazó, con desdeñosa nobleza, el Gobierno de Prim tan incalificable propuesta, propuesta que jamás saldría del capítulo de las promesas, pero que traduce, sin embargo, un concepto humillante que Portugal parece haber olvidado. No me detendré a recordárselo. Lo que sí le recuerdo es la transparente marca masónica de nuestro inexplicable *francesismo*. Pueden muy bien aplicarse a nuestra situación

(1) Leite Velho, obra citada, páginas 130 y 131.

(1) Obra citada, página 155.

presente aquellos versos del siglo XVII, que satirizan la Corte de doña María Francisca de Saboya:

«Enfermo do mal francez  
Ha anos está Portugal;  
E nao sára deste mal,  
Porque o curáo ao revez.  
Deus lhe acuda desta vez!  
Porque este reyno coitado  
De sorte está gálicado,  
Que he dificultoza a cura,  
E assim está na sepultura:  
Vivo, mas quasi enterrado.

.....  
Ah, mízero Portugal,  
Como temo de te ver!  
Pois podendo renacer.  
Te vejo cuasi mortal.  
Se queres sarar deste mal  
Lança este gálico fora!  
Verás que assim se melhora  
Por meio desta virtude  
A tua antiga saude,  
Se a tens perdida agora.» (1)

Y el aspecto más grave de tan baja superstición es la imposibilidad en que ella nos deja de mirar con ojos propicios la solución del problema peninsular. De cierto modo, Marruecos, en sus relaciones con la Península y todavía por derechos de incontestable prioridad histórica, es para nosotros «tierra irredenta». Alejándose enteramente de la cuestión marroquí, la obsesión suicida de los portugueses llega al punto de encontrar mejor que Tánger sea para Fran-

(1) R. Francisque Michel. *Les Portugais en France, Les Français en Portugal*. París, 1882; páginas 243 y siguientes.

cia que para España, desde el momento en que por culpa nuestra no pudo ser para nosotros. Cuando se perdió por completo la conciencia de los grandes objetivos nacionales, no puede extrañar que la propia idea de la nacionalidad se haya disuelto en la incommensurable anarquía mental y política en que Portugal parece pulverizarse irremediabilmente.

Es esta crisis moral del pensamiento nacionalista portugués un índice bien claro de cuánto actuó en nosotros, como agente corrosivo, el francesismo racionalista y romántico de nuestros ideólogos de hace siglo y medio. En sus *Últimas páginas*, Eça de Queiroz, arrepentido con la mayor sinceridad de lo mucho que había contribuido para el agravamiento del mal, nos dejó en un capítulo admirable el testamento de su inteligencia y de su sensibilidad. Titúlase, expresivamente, «O Francezismo», y entre destellos de gracia inolvidable, el incomparable maestro de *A Correspondencia de Fadrique Mendes* y de *A Ilustre casa de Ramires*, nos confiesa su pecado, lleno del más compungido patriotismo:

«En lugar de ser culpable de nuestra desnacionalización—escribe—yo fuí una de las obras melancólicas de ella. Apenas nací, apenas di los primeros pasos, aún con zapatitos de crochet, comencé a respirar a Francia... Después me enseñaron a leer; y el Estado, que ciertamente tenía interés en que yo supiese leer, y que había estudiado prudentemente el libro que más me convenía, como lección moral y como lección patriótica, me puso en las manos un volumen traducido del francés, y llamado *Simão de Nantua*... Después, comencé a sufrir el duro calvario de las oposiciones, y, desde luego, la cosa más im-

portante para el Estado era que yo supiese francés... Ahora bien: hasta aquí simple estudiante, sólo había visto del vasto mundo, sólo me interesaba aquel detalle que más se relaciona con el estudiante: el *compendio*. Y sólo encontraba, sólo respiraba el francés.

Lo encontró Eça en la literatura, en el teatro, en la sociedad y hasta en los límites burocráticos de su carrera burocratísima. «Si en esta capital del Reino, resumen de toda la vida portuguesa—observa el novelista, refiriéndose a Lisboa—, un patriota quisiera aplaudir una comedia de Garrett, o comer un arroz al horno, o comprar una vara de *briche*, no podría hacerlo». Y añade, entre doloroso e irónico: «Ni en los palcos, ni en los almacenes, ni en las cocinas, ni en parte alguna quedaba nada de Portugal. Sólo había remedos baratos de Francia».

«En cuanto a la política propiamente portuguesa—prosigue Eça—, excuso decir que ninguno de nosotros sabía verdaderamente si el régimen que nos gobernaba era la Constitución o el Absolutismo. De tales detalles no se preocupaban los hijos de Danton. Y cuanto a las divisiones parlamentarias de regeneradores históricos, reformistas, ni siquiera las sospechábamos, nosotros que conocíamos las menores *nuances* de la oposición francesa y distinguíamos las pequeñas sutilezas de opinión que dividían a Jules Farre y Gambetta, a Picard y a Jules Simon». Y el escritor insiste: «Mas ¿para qué he de continuar? No quiero escribir una página de memorias, sino apenas mostrar típicamente cómo yo y toda mi generación (exceptuando espíritus superiores, como Anthero de Quental y Oliveira Martins) nos habíamos vuelto fatalmente franceses en medio de una so-

ciudad que se afrancesaba y qué, por todas partes, desde las creaciones del Estado hasta el gusto de los individuos, había roto con la tradición nacional, despidiéndose del todo de la vestidura portuguesa para cubrirse—pensando, legislando, escribiendo, enseñando, viviendo y cocinando—con trapos venidos de Francia».

Y continúa Eça de Queiroz, lleno de un amargo humorismo, en que el amor por la gleba natal se transparenta con la mayor diafanidad, a despecho del monóculo implacable del novelista: «El padre de uno de mis amigos, en 1836 ó 1848—es él quien nos lo dice—, en un odio repentino a todo lo que le recordase el viejo Portugal, cogió su mobiliario antiguo, de palo negro tornado y de asientos de cuero labrado, y en un solo día vendió, quemó, sepultó en sótanos, dispersó todas esas formas vetustas que le venían del pasado; después fué al mueblista de la esquina y le compró a ciegas, en lote, un mobiliario francés. Lo que hizo este hombre lo hizo todo Portugal. En una ruptura desesperada con el viejo régimen lo rompió todo, todo lo destrozó, todo lo vendió. Se encontró de repente desnudo; y como carecía ya del carácter, de la fuerza, del genio para sacar de sí propio una nueva civilización hecha a su medida, se arrebujó aprisa en una civilización ya hecha, comprada en un almacén que le caía mal, y cuyas mangas no le servían».

Eça de Queiroz se hace verdaderamente memorable en la defensa que le merecen las virtudes cívicas de nuestra raza, ante la nauseabunda ola invasora del *francesismo*:

«Pero, me pregunto yo, ¿este *collage* con Francia,

esta imitación, esta preocupación de Francia, es una tendencia fatal, necesaria de similitud, a la que no podemos escapar, como Dinamarca no puede hurtarse a la imitación de Alemania, y Bélgica a la de Francia también? No lo creo. El dinamarqués es un alemán descolorido; Bélgica es una edición barata de Francia. Pero no hay ninguna semejanza de temperamento, de hechura moral entre nosotros y los franceses. Nada tan diferente como ellos y los portugueses, ni comprendo qué satisfacción, qué gozo puede encontrar el espíritu portugués en nutrirse, en bañarse en las creaciones del espíritu francés. Francia es un país de inteligencia; nosotros somos un país de imaginación. La literatura de Francia es esencialmente crítica; nosotros, por temperamento, amamos, sobre todo, la elocuencia y la imagen. La literatura francesa es, desde Rabelais hasta Hugo, social, activa, militante. La nuestra, por tradición e instinto, es idílica, es contemplativa. No es sólo por una fría imitación de Teócrito y de los bucólicos latinos por lo que nosotros, desde Rodrigues Lobo hasta los elegíacos de la Arcadia, amamos la égloga pastoril: es porque nosotros somos realmente el pueblo que se complace en estar quieto entre los chopales, viendo correr el agua deleitosa, pensando en cosas *saudosas*. Fuimos, es verdad, a la India, pero ya hace casi tres siglos, y aún estamos descansando, derrengados de ese violento esfuerzo a que nos obligaron algunos aventureros que tenían poco del fondo común de nuestra raza, y que, a juzgar por Alfonso de Albuquerque, debían ser de origen fenicio, cartagineses puros; tal vez de la familia de los Barcas. En fin, el símbolo de Francia será eternamente

el gallo, el gallo petulante y lustroso que canta claro, con una limpidez de clarín, en el fresco arrebol de la mañana; y nuestro emblema es, y será eternamente, el ruiseñor que gime en la espesura mal alumbrada de las arboledas, el ruiseñor «amavioso y saudoso», que hace llorar a Bernardim».

Difícilmente Eça de Queiroz se limpiaría de su antiguo pesimismo, aun en un acto de fe nacionalista, tan alto y tan crepitante como el que transcrito queda. Siempre subsistirían en su espíritu algunos residuos de la negación primitiva, tanto más cuanto que no era ajeno a las sugerencias de Oliveira Martins y de Anthero de Quental acerca de las causas de nuestra contemplación como un estado permanente de éxtasis sentimental, excluyéndonos de toda capacidad activa, de toda forma poderosa de acción. Se equivocaba también el glorioso novelista cuando reputaba extraños al fondo ancestral de la raza a quienes nos llevaron a la India, merced a su impulso heroico, y con don Francisco de Almeida y Alfonso de Albuquerque, legaron al mundo moderno los dos sistemas de ocupación ultramarina más eficaces, respectivamente: el de *factoría*, seguido por Holanda, y el de *imperio*, desenvuelto y perfeccionado por Inglaterra. No pasa, pues, de un lugar común aliterado la explicación de supervivencia púnica que Eça de Queiroz adjudica a nuestros descubridores y colonizadores. Los Barcas eran más libios que fenicios, por consiguiente emparentados bien de cerca con el árbol genealógico presumible del lusitano antiguo. Y hecha la rectificación necesaria, no nos perdamos ahora en divagaciones que, aunque interesantes, nos desviarían de nuestro objeto predominante.

Cómo el lirismo apuntado por Eça constituye nuestra fuerza madre ya lo sabemos nosotros. Y cómo del lirismo ascendimos a las mayores creaciones épicas, cuyo ejemplo máximo es Luis de Camoens, nadie lo dudará tampoco. Lo reconoce, además, Eça de Queiroz, recordando el mito del Encubierto: «El alma de un pueblo—dice—se define bien a sí mismo por los héroes que escoge para amar y para rodearlos de leyenda. El gran Rey para los franceses es, y será siempre, Francisco I, enorme, robusto, ligero, riéndose fuerte, batiéndose valientemente, radiante, gozando largamente la vida, poeta en ciertos momentos, artista por ostentación y eterno hablador... Nuestro héroe genuino, y esto lo resume todo, es el poético y pensativo don Sebastián».

No nos es posible acompañar a Eça de Queiroz en su largo estudio; pero en los trozos que hemos transcrito bien expresamente señalase su protesta de quien en Portugal, con todo el fulgor de su bello talento, más usó y abusó del francesismo. Lo que debemos a esa peste es inútil recapitularlo, después del brillante testimonio de Eça de Queiroz.

En verdad, tanto literaria como políticamente padecemos hoy las consecuencias de una mortal desnacionalización, cuya única responsabilidad estriba en el más injustificado de los fetichismos por cuanta novedad nos sopla el funesto viento de los Pirineos. ¡Y pensar que ya dimos a Francia normas de cultura, de pensamiento y de sensibilidad! Basta recordar la admirable dinastía profesoral de los Gouveias, tíos y sobrinos, que durante el siglo XVI presidieron en Santa Bárbara (París) y en el afamado colegio de Guyenne, en Burdeos, casi todo el florecimiento hu-

manista francés. El mismo Montaigne no oculta la veneración intelectual que le merece nuestro André de Gouveia.

Pero esto no es todo. Si en la Edad Media fué un portugués, el lisbonense Pedro Hispano, Pontífice con el nombre de Juan XXII, quien ejerció una de las más profundas influencias en las Universidades europeas con sus *Summulae logicales*, los *Comentarii Colegi Conimbrensis* propagarían después por toda Europa la enseñanza filosófica profesada en nuestra tradicionalísima Atenas, donde Aristóteles se leía e interpretaba en griego. Viajando por Portugal, cuando todavía era un muchacho, escribía Menéndez Pelayo en 29 de Octubre de 1875: «Hombres en lo demás doctos y juiciosos, están llenos de preocupaciones respecto a la antigua filosofía, y sólo así se explica el que tengan olvidados por completo a los comentadores de la Escuela conimbricense y para nada tomen en cuenta el desarrollo del suarismo en Portugal, que fué tan notable. Los libros más recientes vienen llenos de declamaciones contra la filosofía de los jesuitas, como si estuviésemos aún a la altura del siglo XVIII».

Por el actual renacimiento del Tomismo, podemos apreciar el valor del esfuerzo de los viejos maestros conimbricenses, que a Menéndez y Pelayo arrancaban palabras de homenaje, y que con sus *Comentarii* fueron escuchados y glosados por toda Europa. Valga lo que valiere la corriente filosófica que los deterró, inexorablemente, de los espíritus, Descartes siguió aún las lecciones de los *Comentarii Colegii Conimbrensis*, y con él la Francia culta que al principiar el siglo XVIII raciocinaba y meditaba.



Ya se avalora el surco que abrimos con nuestra influencia intelectual en la vida francesa. ¡No menos influiríamos en la sensibilidad! El caso de las *Cartas da Freira*, que estoy bien lejos de atribuir a la pobre Mariana Alcoforado, necesita ser afrontado y revisado a la luz de este criterio. Trátase, evidentemente, de una composición literaria destinada a ganar los favores de la publicidad en una época en que la epistolografía era del gusto corriente, y en que el sentimentalismo portugués se acogía en París, con los sucesos de la Península, durante la guerra de la Restauración, como un tema favorito de la Corte y de los salones. En su curioso volumen *Les Portugais en France: Les français en Portugal*, observa justamente R. Francisque-Michel: «D'un autre côté, on semble avoir oublié que nous étions toujours à l'époque de notre littérature, que j'appellerais épistolaire, et où chez nous, on parlait beaucoup du Portugal».

Sea como fuere, o de la pluma de sor Mariana, o de simple fabricación editorial, las *Cartas da Freira* (*Lettres d'une religieuse portugaise*), manifiestan la penetración de nuestro sentimiento con las exageraciones propias del artificio en que se reproducía, en las inclinaciones geométricas, rectilíneas, de la Francia del gran siglo. Se hizo proverbial la locución «Sensible como una portuguesa», y madame de Sévigné, dos años después, escribiendo a su hija decía: «Branças me escribió una carta tan expresivamente tierna, que me compensa de todo el olvido pasado. Me habla con su corazón en todas las líneas. Si la respondiese en el mismo tono, sería la mía una verdadera carta portuguesa» (1). Tras las *Cartas da*

(1) Conde de Sabugosa. «Gente d'algo».

*Freira*, hay algo parecido con los *Sonnets from the portuguese*, de Elisabeth Barret Browning. Pero el caso importa un examen detenido. Anotando el testimonio de madame de Sévigné, lo que nos preocupa ahora es solamente documentar la impresión profundísima de nuestra índole apasionada y blanda en los contemporáneos de Luis XIV. Del marqués de Cascais, enviado en París de don João IV, se refiere en las *Historiettes de Tallemant des Réaux*: «C'estoit un vrai portughez derretido...» Y Corolandi observaría: «C'est du Portugal que nous sont venues toutes les façons de parler outrées. Les portugais ne disent rien quelque bas et quelque petit qu'il soit, qu'en des termes lumineux...»

La suma de todos estos hechos aislados adquiere una mayor claridad si recurrimos a Ernesto Seillière en su reciente ensayo *Les origines romanesques de la Morale et de la Politique romantique* (1). Estudiando el paso del misticismo pasional al misticismo social, nos tropezamos con Rousseau, padre de la Revolución, como discípulo de lo «novelesco» francés, que, antecediendo a lo «romántico», encuentra su tipo perfecto en la *Astrea*, de Honoré d'Urfé. En el aspecto utópico de *Astrea*, filia Ernesto Seillière la sugestión de la «bondad natural», en Jean-Jacques. Descendiente del lirismo de nuestra raza, aunque descendiente bastarda, a través de la *Diana*, de Jorge de Montemayor, la *Astrea* significa un elemento más a favor del presente orden de ideas. El bucolismo convencional de Honoré d'Urfé no fué más que un calco rebuscado y falso de nuestra altí-

(1) «La renaissance du livre». París, 1920.

sima condición lírica. Se ve perfectamente en qué términos Jean-Jacques Rousseau concebiría el mito de la «bondad natural», sufriendo la presión de un sentimentalismo ajeno a toda la estructura psicológica del genio francés. Su «sensible corazón» estaba comprendido en los recelos de madame de Sévigné al referirse a Brancas. Por esa desorganización entusiasta de la personalidad humana, desde el momento en que el lirismo, natural entre nosotros, era en los franceses afectación y *sensiblerie*, se abría de par en par el camino de la Revolución. ¡Quién nos había de decir la culpa que, aunque involuntaria, habíamos de tener en el azote que se iba a desencadenar en el mundo entero!

Tal vez por ello, Francia, vengándose, nos relega a papel secundario con los venenos que supo extraer de la emoción cristalina de la buena alma portuguesa. Lo que no admite duda es que en todo somos sus víctimas: en política, en literatura, en gusto, en entendimiento. Ni hoy, ni ayer, hay paralelismo entre Francia y Portugal. Nuestra historia sangra con ofensas y mutilaciones, que es obligación nuestra no olvidar. Y si las aprensiones de Cánovas del Castillo, en orden a los destinos de su patria, se desvanecieron un poco, no se desvanecieron—si es que no se agravaron—el peligro que llevaban consigo. Evidentemente, ya que nadie pensaría en serio el traer la frontera francesa hasta el Ebro, entregando como compensación, o Portugal a España, o Galicia a Portugal, conforme el asunto se hiciese en Madrid o en Lisboa. Sin embargo, ocupada por Francia la más hermosa parte de Marruecos, si el imperialismo francés viene a radicar y desenvolverse en la cabe-

cera de Africa, una grave amenaza se constituiría allí para el futuro de toda la Península, que, colocada entre las Francias de Europa y de Africa, quedaría convertida en una simple tierra de paso. Con inspirada razón declaraba Vázquez de Mella en una reciente conferencia, en Burgos, que la guerra de Marruecos era para los españoles una especie de guerra de independencia. Y para los portugueses, me permito añadir yo. Que nos convenzamos de esa verdad ineludible, y grabando bien en la memoria las propuestas infames de Mr. de Kératry al general Prim, inscribamos en las aspiraciones del Portugal Mayor, la reivindicación plena de los derechos que nos pertenecen al sultanato marroquí, regado por la sangre generosa de nuestros antiguos caballeros y tan de cerca ligado a nuestro desenvolvimiento, que le llegamos a llamar el *Algarve de Alem Mar*.